MORGANA: LA DAMA DE LAS DOS VAINAS

*Francisco Segovia**

En la corte del rey Arturo no eran muchos los caballeros de verdad cortesés, y ni siquiera los medianamente educados. Balín el Salvaje, por ejemplo, comienza sus andanzas cortándole la cabeza a una dama frente al rey y toda su corte. El rey se indigna, por supuesto, pero no hace otra cosa que expulsarlo de su presencia; y Galván, que luego será conocido como El Caballero de las Doncellas, culmina su primera aventura presentándose ante esa misma corte con la cabeza de una dama colgada al cuello. Ambos dan buena fe del ‘ardimiento’ del caballero; esto es, de la bravura y valentía que los hace acometer la aventura que les venga y como les venga, ‘sea a vida o a muerte’. No son éstos pues caballeros que se detengan mucho a meditar, ni sopesan en verdad las consecuencias de sus actos, pues para ellos una victoria en el campo de las armas equivale a la primacía moral del vencedor: muestra en el mundo terrenal quién tiene la razón en el divino. El *Baladro del sabio Merlin* lo dice escuetamente: “Hermosa elección nos envió Dios, pues Él quiso que justicia terrenal fuese por espada.” Se trata del mismo principio que después aplicaría la Inquisición para dirimir si una mujer era o no bruja. La acusada era arrojada a un río atada al lastre de unas piedras: si salía a flote era bruja, y entonces era condenada a morir en la hoguera; si no salía a flote y se ahogaba, entonces allá Dios la tendría allá en su gloria. Sea como fuere, la acusada tenía en los hechos la prueba material de su culpa

73

* Escritor.

o inocencia, y aunque esto implicaba siempre su muerte, Dios la recogería para sí si era inocente, o la arrojaría al Averno si era culpable.

Se comprenderá que para ser juez en una corte así no era preciso tener dos dedos de frente, y que éstos no eran comunes ni siquiera entre los caballeros más selectos, que eran los de la Tabla Redonda. Los actos que juzgaba la espada no los juzgaban los hombres. Por eso podía ser miembro de la Tabla Redonda el monstruoso Morlot, que odiaba tanto a las mujeres que salía a *conquistarlas*; esto es, a ganarlas en combate ante quien quisiera defenderlas, si es que alguien había. Dice el *Baladro* que Morlot “fue menos querido de dueñas y doncellas que fue Brius sin piedad, aquel que les hizo tanto mal según cuentan muchos libros y muchas historias. Así que cuando Brius las tomaba a todas las mataba con sus manos, y Morlot todas las que tomaba las enviaba a Irlanda y las hacía meter en un castillo donde no podían salir después”. Este Brius era enemigo de Arturo, que había matado a su padre por culpa de Morgana, pero eso no lo privaba de conquistar damas al modo que ordenaba Arturo: “por la costumbre que es en el reino de Londres, y que los de la Tabla Redonda pusieron. Y que la costumbre era tal, que si la doncella fuese en guarda de cualquier caballero y otro la pudiese conquistar, que la pudiese tener por razón”. Si era ésta la razón por la que podía quedarse con la doncella, esta razón era la fuerza.

No cabe duda de que los cuentos que entraron a formar parte de las novelas del ciclo artúrico fueron haciéndose menos rudos con el tiempo y que acabaron por mostrarse como ejemplo de cristiandad. El ardor de los antiguos caballeros —cuya antigüedad podría medirse con justicia en razón de ese mismo ardor—, fue poco a poco desplazado por el ideal de la caballería mística. Morlot fue vencido por Tristán, que liberó a las doncellas que habían sobrevivido a su prisión; Galván fue juzgado por una asamblea de mujeres reunida por Ginebra al final de su primera aventura, por lo que juró defender siempre a las mujeres —o, para el caso en que se piense que esta historia es una interpolación tardía, murió a manos de Lanzarote, que lo mató con la espada de

Balín, la misma con que éste mató a su hermano, esa misma espada que acabará su historia redimida en las místicas manos de Galaz.

Este tema de la segunda espada es a menudo el del desastre. Arturo rompe la espada que sacó de la piedra en la batalla con Polinor, y recibe una nueva de la Dama del Lago: Escalibor. Pero antes de entregársela, la Dama lo hace prometer que le cumplirá el deseo que ella le pida, cuando se lo pida. Esta segunda espada de Arturo es quizá la más famosa de la historia, pero es también la que Arturo usará para matar a Morderit, su hijo. Tiempo después, esa misma Dama del Lago (pues hay varias) se presenta en la corte para hacer válida la promesa de Arturo, y lo que pide es la cabeza de Balín el Salvaje. Antes de que el rey pueda concederle tamaña cosa, Balín se la corta a ella. Y se la corta justo después de haber ‘ganado’ él también una segunda espada, por lo que en adelante será conocido como el Caballero de las Dos Espadas. Pero ¿en qué forma la ha ganado? Poco antes se había presentado en la corte una dama que iba en busca del mejor caballero del mundo, el cual probaría serlo sacando una espada de su vaina. Lo intentaron todos, hasta Arturo, pero sólo Balín lo consiguió. Después de alabarlo mucho, la dama le pidió que le devolviera la espada, pero él se negó. ¿Acaso no le estaba destinada esa espada? Balín se niega pues, a pesar de haber escuchado claramente la advertencia de la dama: “que antes que este año pase vos combatiréis con un caballero que os matará con esta misma espada, y vos a él”. Ese caballero es Balán, hermano de Balín, y muy probablemente su gemelo...

En el *Baladro del sabio Merlín* y en la *Demanda del Santo Grial* se da cuenta de cómo la caballería mística restaña las heridas infligidas por estas espadas, pero eso es algo que ocurrirá mucho más tarde, cuando los caballeros no sean ya monstruos como Morlot sino caballeros amantes, como Tristán y Lanzarote. Sin embargo, hay una aventura que ocurre aún en la edad sombría de Camalote y cuyo personaje central no sólo parece tener más luces que el común de los caballeros sino que vindica a aquellas mujeres ultrajadas por Morlot, por Brius o por el juicio por agua de la Iglesia: Morgayna.

Al revés que Balín, Morgayna es siempre capaz de colocarse en el lugar de sus adversarios y tomar ventaja, más que de su propia fuerza, de las debilidades de su enemigo. Echa mano de signos, hechos, indicios, redundancias, y en general de cosas que parecen insignificantes, para figurarse la trama que tejerán sus propias acciones cuando se entreveren con las de los demás. Este hecho se muestra de forma particularmente clara en un cuento que no aparece en la famosa obra de Sir Thomas Malory, *La muerte de Arturo* (aunque muchos de sus rasgos se hallan en el episodio llamado de ‘Arturo y Accolon’) pero que en cambio contaron ampliamente tanto la *Suite du Merlin* como su adaptación castellana, *El Baladro del sabio Merlin*. Lo resumiremos a continuación, siguiendo en líneas generales la sinopsis que hicieron Gaston Paris y Jacob Ulrich en su edición de la *Suite*:

Merlín recomienda a Arturo que cuide bien la vaina de su espada.
Morgana enamora a Merlín, quien le enseña muchos de sus secretos.
Morgana da a luz a un hijo llamado Yván.
Morgana rechaza a Merlín, que se aleja de la corte.

76 Arturo confía la vaina de su espada a Morgana. Pero ella tiene un amante [llamado Ebrón el Follón en *El Baladro*] y, habiendo escuchado de Arturo cuál es la maravillosa virtud de la vaina [“E bien vistes en las lides –le dice Merlín a Arturo en *El Baladro*– cuánto valía la vayna, ca vós fuistes en las batallas llagado de muchas llagas e nunca perdistes una gota de sangre”], manda hacer una réplica para darle la verdadera a su amante.

Morgana hace asesinar al orfebre que lleva a cabo la copia de la vaina, pues “ovo miedo que lo descubriría el maestro que la labrara”.

Mientras Morgana y su amante admiran las vainas, Arturo entra inesperadamente en las habitaciones de Morgana, “e fuyeron cada uno de ellos a su parte, e dexaron las vaynas encima de un lecho una sobre otra, e la espada sobre un alfamar”. En la confusión, Morgana le da a su amante la vaina falsa, pensando que es la verdadera.

El amante de Morgana entra en combate y es gravemente herido, por lo que supone que Morgana lo ha traicionado. Para vengarse, revela a Arturo la traición de Morgana; pero ella, advertida por Merlín, “escondió la bayna que tenía, que la no pudiese fallar el rey”.

Después de esto Morgana se aleja de la corte, donde deja dicho al rey que huye por temor, pues la vaina le ha sido robada.

Cuando Arturo escucha esto, le corta la cabeza al caballero, hace volver a Morgana y le pone una vez más la vaina en las manos.

¿Le pone una vez más la vaina en las manos? Arturo piensa, desde luego, que le entrega la vaina verdadera, cuando en realidad Morgana recibe la falsa. Ella sabe esto, pero guarda silencio. Así se deshace de una confusión que Arturo ni siquiera llegó a vislumbrar. Pero no sólo eso: también se libra de la amenaza que representaba su amante, tan ciego ante la confusión como el mismo Arturo. Al final, Morgana se queda con las dos vainas.

Si nos atenemos a la historia tal como está contada, no queda claro si Morgana quería realmente asesinar a Arturo o si sólo pretendía regalar a su amante la vaina milagrosa. Bien pudiera ser que fuese verdad lo que el caballero le dice a Arturo: “Sabed que Morgayna vos desama e no sé por qué; mas tan mortalmente vos desama, que os buscará la muerte.” Si esto fuera verdad, la mentira de Morgana ante Merlín habría sido realmente un *tour de force*, sólo comprensible en razón del loco amor que el druida sentía por ella. He aquí lo que ella le dice:

—Avé merced de mí, e ayúdame en esto, ca si no, muerta só; ca bien sabes tú que nunca aquello dixé yo al caballero [es decir: “Quiero que me vengues de Artur”]

(*El Baladro*, II, 54)

¿Puede Morgana ser tan cínica como para pretender ante Merlín que no ha intentado llevar a cabo el crimen del que se la acusa? La verdad es que pudiera ser. Pero entonces no sólo habría logrado deshacerse de una confusión que no planeó ella misma sino también de

una amenaza grave y bien fundada. Pudiera ser, y entonces resultaría que son los poderes de seducción de Morgana los que impiden que la vacilación inicial de Merlín –“¿E cómo vos podría yo ayudar...?”– se convierta en un franco rechazo. Pudiera ser... Pero no importa. Mientras más comprometedora sea la situación en que se vea, mejor mostrará Morgana cómo se las ingenia para manejar los signos y volver cualquier adversidad en su favor. Si aun así suele ser vista con desprecio, puede deberse al hecho de que echa mano del amor del mismo modo en que echa mano de cualquier otra cosa: es una seductora en el sentido más peyorativo del término, pues no busca el amor sino, a través del amor, el poder. Es sin duda su comprensión de los signos lo que condiciona entre los puritanos su reputación de mujer engañosa y perversa. En este sentido, Morgana pervierte el amor en poder (es decir, vierte el amor en un recipiente equivocado: el del poder).

78 Pero volvamos a la habilidad con que salva el predicamento en que la pone su amante. Hemos dicho ya que no es especialmente relevante que Morgana haya pretendido o no la muerte de su hermano. En cambio lo es el hecho de que haga reproducir la vaina mágica y de que esta reproducción no sólo sea posible sino que de hecho se lleve a cabo con tal perfección “que no había ombre que las supiese conocer qual era la una o la otra”, a menos que las pusiera a prueba para saber cuál tenía los poderes mágicos. Es pues el ‘parecido’ mismo lo que motiva la ulterior confusión. Antes de que ésta ocurriese se podía distinguir entre la verdadera y la falsa (Morgana está comparándolas ante su amante), lo cual significa que hay dos momentos en que las vainas son distinguibles: antes de la confusión y después de probar sus poderes.

El amante de Morgana se interesará sólo por la segunda de estas pruebas, mientras que ella habrá de tomar ambas en cuenta. Esto es algo que Balín no habría hecho jamás, pues Morgana revisa el pasado para ponerse un paso adelante de su amante, y dos pasos adelante de Arturo. En este sentido, la revisión del pasado que hace el amante de Morgana fracasa porque pasa por alto la confusión que ha motivado tal revisión. El caballero despechado nunca vuelve de esa revisión,

nunca la trae aquí, a esto (y nunca lleva su venganza a un fin), pues interpreta mal lo que encuentra en el pasado. Al considerar que experimenta en carne propia, mientras sangra, una ‘prueba material’ suficiente, el amante de Morgana confunde los hechos (lo que pasó) con lo que él cree que significan (traición). De esta manera pone en el lugar de la confusión (en el del acaso, en el de la arbitrariedad) una liga material: la que une a la sangre con la vaina falsa. En ello se ve su ofuscación: cree que la verdad es un hecho, no un sentido. Como es incapaz de concebir la relación entre vaina falsa y sangre sin hacer mediar una voluntad, es decir, una necesidad, termina por pensar que Morgana ha intentado traicionarlo. Morgana tendrá, en efecto, las malas intenciones que el caballero le imputa, pero sólo *después*, en segunda instancia, y como para mostrarle cuál es el orden en que deben colocarse la confusión y la intención.

Hemos supuesto que el amante de Morgana concibe la verdad en los mismos términos que Balín. Esto no es del todo cierto, y haríamos bien en decir que en cierto sentido la concibe incluso de forma radicalmente distinta; pero, tras dar un rodeo enorme, el amante de Morgana llega al mismo sitio que Balín. Veamos esto un poco más de cerca. Mientras que el Caballero de las Dos Espadas no hace diferencia alguna entre una verdad y un hecho (o entre el significante y el significado), el amante de Morgana tiende un espacio divisorio entre ambas categorías, un espacio que le permite calcular, planear, premeditar su venganza. Si también él resulta literal a fin de cuentas es por otra razón: porque coloca una responsabilidad (es decir una necesidad, una causalidad) como nexo entre el significante y el significado. Al culpar a Morgana olvida que hubo una confusión (una arbitrariedad) y, en este sentido, considera que hay una motivación en los signos.

En este punto Arturo no está al tanto de nada de lo que ocurre y cree que la vaina que alguna vez le entregó a Morgana sigue estando en manos de Morgana. Y en esto no se equivoca, aunque Morgana no lo sabe y cree tener con ella la vaina falsa. Su amante, en cambio, sabe quién tiene la vaina verdadera y quién la falsa, pero piensa que Morgana ha querido matarlo a él, y no a Arturo. Este entramado de creencias y

suposiciones, en el que sólo el caballero sabe algo de cierto, aunque lo malinterprete, ha sido provocado sin duda por la confusión inicial de las vainas. Pero hay que subrayar aquí que esta confusión es algo más que un mero intercambio de posiciones. Los textos francés y castellano son explícitos al respecto: antes de ser confundidas, las vainas no habían sido dejadas una al lado de la otra sino ‘una sobre otra’. Esta superposición sugiere que la confusión no es una mera desorientación y que de nada nos serviría recurrir a una referencia convencional (digamos, la que establece una diferencia entre derecha e izquierda): las vainas están superpuestas y, de hecho, una oculta a la otra. Están confundidas (fundidas en una mismidad). La amenaza que esto plantea para Morgana sólo será conjurada cuando ella logre dar un tajo que divida esta unidad que, metafóricamente, oculta lo que revela.

El amante de Morgana tiene razón al considerar que el uso que ha hecho de su vaina prueba suficientemente su falsedad, pero se equivoca al suponer que ello resuelve la otra incógnita que se le plantea; a saber, cuál es la relación que liga a una cosa con la otra (vaina y sangre, signifi-
80 | cante con significado). Hemos dicho ya que si no logra comprender lo que ha ocurrido es porque no pone la confusión de las vainas ahí donde, sin embargo, coloca las malas intenciones de Morgana. En cualquier caso, podríamos decir que las intenciones de Morgana son ‘malas’ en el mismo sentido en que diríamos también que son ‘salvajes’: son consideradas consecuencia directa de un hecho. Este error probará ser mortal para el amante de Morgana en cuanto ella se imagine las lucubraciones que debió hacer él para llegar a su errónea conclusión –sólo que esta vez Morgana sí tendrá las malas, salvajes intenciones que él le atribuía injustamente en la primera instancia. El caballero *se precipita* al juzgar a Morgana; es decir, ‘se hecha de cabeza’ al juzgar a Morgana. En el fondo no hace más que delatarse a sí mismo, y así se pone a tiro.

Cuando traiciona a Morgana, el caballero no le dice a Arturo más que mentiras –a menos que, como ya dijimos, fuera cierto que Morgana había robado la vaina con la intención de ver muerto a su hermano, en cuyo caso esto sería lo único verdadero que dice. En ese

mismo momento Merlín pone a Morgana al tanto de lo que ocurre. Así, tenemos que Arturo cree haber recuperado la vaina verdadera de manos del amante de su hermana y planea vengarse de ella, pero no sabrá jamás que en realidad existen dos vainas. El caballero, por su parte, está convencido de que la venganza de Arturo valdrá por la suya propia. Pero Morgana ha reconstruido ya los hechos y tiene frente a sí el panorama completo: sabe que todo se inició por una confusión, que es ella quien tiene la vaina verdadera, que su amante la ha traicionado y que Arturo viene enfurecido a vengarse. Pero también tiene ante los ojos la manera de revertir las malas intenciones de su amante y hacer que la ira de Arturo caiga sobre él, así que recurre a Merlín para convencer a Arturo de dos cosas que el caballero ha traído a cuentas, aunque la complicidad de Merlín habrá de cambiarles el signo: por una lado lo convencerá de que el robo de la espada tuvo un solo autor, el caballero (lo cual equivale a la acusación que él lanzó contra ella) y, por la otra, hará creer a Arturo que el ánimo criminal que anima la acción existe, pero no lo tiene ella contra él sino el caballero contra ella (lo cual es, por cierto, verdad, sólo que ella invierte el orden de los sucesos: coloca las malas intenciones del caballero para con ella como motivo del robo y no como consecuencia del malentendido que el caballero no supo disipar). La respuesta que da Morgana resuelve sus problemas sin necesidad de descubrir ante Arturo todo lo que hay detrás.

La historia parece bastante simple, y muestra un recurso bastante empleado en los cuentos tradicionales y en las telenovelas populares. Una mujer adúltera, digamos, riñe con su amante y éste amenaza con delatarla ante su marido; ella vuelve a su casa hecha un mar de lágrimas y, ante la insistencia del marido, acusa al amante (sin siquiera insinuar que lo es) de haberse propasado con ella; si el amante decide cumplir su amenaza, el marido no sólo no le creerá sino que intentará matarlo –si no es que ya se ha lanzado a hacerlo por cuenta propia, sin esperar a que el amante se presente a hacer su acusación. Para que la historia se desarrolle de esta manera bastan tres cosas: que ella logre mirar la totalidad de la situación (previsión), que llegue a su casa antes

que el amante (oportunidad) y, finalmente, que el marido engañado no se entere nunca de lo que ocurrió en realidad. Todas estas cosas están presentes en el caso de Morgana, donde Arturo juega el papel del cornudo, como lo juega con Lanzarote y Ginebra.

No es por azar que estas historias, desarrolladas siempre a espaldas del rey, sean historias de amor o de venganzas entre amantes. En cierto sentido sugieren que la Autoridad real no alcanza a entrever siquiera lo que se cuece en su cocina, y que la estricta justicia que el rey pretende impartir puede ser fácilmente manipulada. Lo que hace Morgana es superponer sus mentiras a las mentiras de su amante; es decir, confunde a Arturo sin dejarle saber que está confundido. Pero hay que insistir en que no lo hace desde el principio sino sólo en la segunda instancia, cuando decide hacer realidad las injustas sospechas de su amante. Ella dejará que Arturo y el caballero crean que, al denunciarla, este último ha entregado a Arturo motivo, previsión y oportunidad contra su hermana. Pero, para hacerlo, Morgana necesita que Arturo crea al menos en una de las mentiras de su amante: que recibe de él la vaina verdadera. En suma, Morgana reorganiza los elementos de la historia con el fin de darle a Arturo una versión no sólo creíble sino capaz de ocultar los hechos comprometedores. Pero, para hacerlo, antes tendrá que deshacerse tanto de su amante como del maestro que forjó la réplica de la vaina, y eso nos lleva de nuevo al nexo que liga hechos con verdades (significantes con significados).

Para Morgana, el herrero representa la *necesidad* del signo, en cuanto es él quien lleva a cabo la réplica material de la vaina. Insisto en la materialidad de esta segunda vaina no sólo porque representa una evidencia contra Morgana sino también porque, en teoría, el engaño es más bien de orden lingüístico. El herrero se encuentra en ese punto cuando la segunda vaina es todavía una mera ‘imitación’ –no una ‘falsificación’– de la original, pues aún no ha sido empleada para sustituirla. Así, el herrero queda colocado entre ambas vainas en un momento en el que todavía no es preciso distinguirlas. Pero en los planes de Morgana cabe la posibilidad de que la liga directa que establece el herrero sea descubierta, así que intenta borrar el rastro

que pudiera restablecer el equilibrio original (el momento en que no había sino una vaina). Aunque se dice que no había hombre que pudiese distinguir entre las dos vainas, Morgana teme que la mera presencia del herrero podría comprometerla. Y no se equivoca. Como mediación directa, el herrero representa lo mismo que debió representar la sangre para el amante de Morgana –si hubiera logrado dar más de un paso para comprender la trama. Como hemos dicho antes, el caballero logró distinguir entre la vaina verdadera y la falsa, pero estableció entre su sangre y la vaina falsa una identidad, como quien escucha decir que la sangre pide venganza y, al ver la suya propia, se hubiese tomado la metáfora literalmente.

Morgana actúa exactamente al revés cuando ordena la muerte del herrero, pues de esa manera pretende deshacerse del único personaje que podría atestiguar la evidencia material del nexo que relaciona a ambas vainas; es decir, del único personaje que podría reconocer y hablar de la *hechura* de una de ellas. En el fondo la tiene sin cuidado la prueba en batalla pues, en caso de darse, seguramente resultaría en la muerte de Arturo (cuyo juicio es, sin duda, el único que teme). Pero Morgana no piensa, como su amante, que el nexo que relaciona los dos términos de la ecuación es un signo de identidad. Y no cree, por lo demás, que los términos relacionados sean evidencias. Podría decirse que uno de ellos lo es, pero no los dos. En este sentido conviene subrayar que a Morgana nunca se le ocurre destruir la vaina falsa (prueba material, evidencia de su engaño); lo que hace es destruir al agente que establece un nexo entre ambas. Por decirlo de algún modo, cambia el signo de la ecuación al poner sus intenciones en el sitio que antes ocupaba el herrero (sean cuales fueren estas intenciones). Pero, como hemos dicho antes, este acto sólo tiene lugar en la segunda instancia, ya que se trata de una sustitución. Cambia así el sentido que se atribuía a los hechos que se desarrollan en la historia. Morgana es falsa y falsaría en la medida en que falsifica, más que una vaina, una historia, pero el cuento mostrará cómo hay un ‘arte’ del engaño y cómo, finalmente, hay una diferencia entre lo falso y lo mentiroso. Una historia de ficción, una situación ficticia, puede ser falsa, pero no por ello será neces-

riamente mentirosa: las obras ‘fingidas’ –como se decía en los Siglos de Oro– suelen ser ‘verdaderas’ en el sentido en que transmiten una verdad. Esto significa que los valores lógicos o morales que solemos emplear para juzgar si un mensaje es falso o verdadero no siempre son aplicables. En resumen, una expresión lingüística ‘correcta’ –como dice Vossler– puede ser al mismo tiempo una afirmación lógica ‘incorrecta’. Aunque Morgana suele ser duramente juzgada en términos morales, no hay que olvidar que, a excepción de Merlín, es tal vez el personaje que mejor se expresa a sí mismo en la tradición artúrica. Y no por nada, se antoja decir: el malo suele ser un personaje hábil con la lengua, urdidor de enredos y, por lo mismo, engañoso.

Si Morgana logra sustituir al herrero es porque, en principio, no concibe la historia como un problema lógico sino, más ampliamente, como un problema de comunicación. Ella no se las ve nunca con verdades y hechos consumados sino con signos y palabras interpretables, de modo que ve algo más que ‘verdadero o falso’ en el asunto y no da crédito alguno a la fatalidad, a la necesidad que regula el mundo natural –ese mismo mundo natural que los demás personajes usan para decidir lo que no pueden resolver. Es decir, Morgana enfrenta problemas y preguntas donde los otros no hacen más que registrar hechos, y tal vez por eso mismo se muestra curiosa y busca las enseñanzas de Merlín. A ella el lenguaje de su amante debió parecerle igual al de las abejas, donde la mentira es imposible. La abejas pueden transmitir un ‘faus message’ –como dice Arturo que hizo el caballero, antes de cortarle la cabeza–, pero sólo en la medida en que cometen errores. No pueden cambiar voluntariamente el significado del vuelo que hacen para transmitir un mensaje y no pueden cometer adrede un error. Su lenguaje es pues literal y carece de aquello que los lingüistas llaman ‘doble articulación’; permite el error y la equivocación, pero jamás la mentira. Balín tiene razón en creer que él, en cuanto caballero de la Tabla Redonda, no podría mentir; podrían hacerlo, sin embargo, Merlín y Morgana.

Hemos dicho que Morgana toma el lugar del herrero. Esto no es del todo cierto. Lo que en realidad hace es agregar una nueva mediación

a la ecuación, con lo cual cambia por completo las relaciones que los términos guardaban entre sí. Esta segunda mediación impide que los términos sean intercambiables, ya que ninguno puede ahora estar realmente en lugar del otro; puede significarlo, pero sin tomar su lugar. Al hacer asesinar al herrero, Morgana borra la primera mediación (la evidencia) y coloca en su lugar una mediación de orden diferente. Pero esta segunda mediación, si quiere diferenciarse de la primera, debe ser realmente segunda y venir detrás de la otra. El tiempo opera, pues, esta transmutación. Morgana no sustituye al herrero sino que lo releva. Esto significa, como diría Fabio Morábito, que el significado no se transmite físicamente de un término al otro como una infección, pues entre ambos se ha abierto un ‘compartimento estanco’.¹ Si Morgana puede al final distinguir entre las dos vainas es porque la primera mediación (la material, por así decir) ha sido relevada por otra (la significativa). Lo que antes era una evidencia material se ha convertido en ‘materia significativa’. Así, la liga que Morgana coloca entre ambos términos es en sí misma significativa y prueba que, a partir de ahora, no es ya posible pensar que, tratándose de comunicación, la materialidad (la necesidad, la voluntad) precede al significado, pues, en cuanto se trata de un universo de significación, la materialidad aparece ya significando.

Como las enfermedades contagiosas, los mensajes de Balín y el amante de Morgana pasan de una persona a otra sin más mediación que la de un agente transmisor. No es extraño, pues, que ambos parezcan concebir el lenguaje como algo que los hombres intercambian a través de la naturaleza –con un toque y a través de un vehículo material. Por eso sus palabras dan la impresión de no ser más que el resultado mecánico de una contigüidad y, en ese sentido, de ser siempre metonímicas. Los mensajes de Morgana, por el contrario, son transmitidos por el tiempo en dos pasos sucesivos (es decir, mediante un relevo) y no son resultado de una contigüidad: no son metonímicos sino metafóricos.

¹ Cfr. Fabio Morábito, *El viaje y la enfermedad*, 1984, México, UAM.

Para obrar este cambio, también Morgana debió dar un duro tajo: el que separa dos cosas que todos creían iguales, el único que podía apartar (distinguir) a Balín de Balán. Su tajo es el que divide la contingüidad, abriendo entre sus dos partes un vacío, un ‘compartimento estanco’, e inaugurando así un universo metafórico. El mismo que reivindicará más tarde la caballería mística, ya cristianizada, es cierto, pero ella lo hace aún en la edad oscura y sin recurrir a la trascendencia que pregonaba la nueva religión. A ella le bastan los medios paganos de la bruja. Y una bruja –como decía Michelet– vale más que cien brujos.